

KABUYA**Crítica Antropológica****"A USTED LE TOCA TRAER CINCO MIL PESOS PARA COMPRAR EL MUERTO"**

El trabajo es grupal. Al inicio del semestre se da a escoger entre excavar en fosas comunes o comprar los restos en el cementerio. Y, por lo general, la gente se ve inmersa en una contradicción emocional: la pasión del trabajo arqueológico y los temores del más allá. Al final, cada quién termina adecuándose a lo que exija la Academia y poco importan criterios de más trascendencia que el “miedo” o la “repugnancia” como las objeciones de conciencia. Por eso ha sido tan común escuchar en los pasillos frases como: “A usted le toca traer cinco mil pesos para comprar el muerto”. En el ‘sube y baja’ de las materias del pênsum de la carrera, la Antropología Biológica se sitúa actualmente en segundo semestre, siendo éste el único en donde se ve un programa relacionado directamente con la Antropología Física. Por lo demás, ya existe un énfasis en esta rama y su respectivo posgrado. Si bien es cierto que la intensidad de esta materia es mínima en el transcurso de la carrera, dado que está solo en un semestre, se ha planteado la discusión de si algunas prácticas desarrolladas en el curso son las adecuadas para apenas un segundo semestre en las condiciones en que se están realizando. Desde el semestre anterior, han sido características de la materia de Antropología Biológica, unas prácticas de antropometría e identificaciones óseas con restos comprados en los Cementerios Central y del Sur. Adquisiciones hechas por los mismos

estudiantes con solo pasar una carta y veintidós mil pesos e ir a recogerlos para luego “pelarlos”, “limpiarlos” y “sancocharlos”, términos que son utilizados para designar la limpieza y preparación de los restos, antes de realizar las mediciones. Alegando que los veintidós mil pesos no son para comprar los restos sino para pagar el derecho de exhumación, profesores de la carrera niegan que se esté realizando cualquier tráfico de cuerpos. Pero entonces, ¿no es igual de terrible una compra ilegal de restos humanos a una legal con exhumación incluida? “Pero es que lo que se les pide no son cadáveres o cuerpos, sino restos óseos que es muy diferente”... ¡pues, vaya diferencia!

Ahora, sabemos bien que dentro de la historia colombiana se han conocido las peores estrategias estatales para eliminar al “enemigo”. Las desapariciones forzadas y las llamadas “limpiezas sociales” son fenómenos que por ningún motivo deben desconocerse. Es absolutamente posible pensar que los restos que se manipulen en dichas prácticas puedan pertenecer a uno de los tantos colombianos a los que sus familias todavía buscan. Es aberrante que estas prácticas se realicen sabiendo que detrás de lo que el profesor llama “material” ha existido toda una historia. Una historia que puede concluir en una caneca de basura o en un sifón. Porque así sucedió con algunos de los restos “trabajados” el semestre pasado. Estudiantes colaboradores del Laboratorio de Antropología Biológica y el

mismo profesor, dieron mezclas equivocadas a algunos grupos para la preparación de los restos y tres de los esqueletos se convirtieron mágicamente en “consomé”. La solución: botar el “caldo” al sifón y comprar otro “esqueleto”. Otros restos terminaron en las canecas de la Universidad, en la resignada espera de que algún canino hambriento viniera a repelarlos. Y así, de errorcito en errorcito, se aprenden por el camino detalles que pueden servir en un futuro, por ejemplo, para deshacerse de cualquier cadáver. Además, ¿no son de carácter cuestionable las condiciones en que se desarrollan las prácticas? Hasta los mismos arqueólogos al descubrir restos humanos muy antiguos, deben tener un máximo cuidado y las más estrictas condiciones higiénicas, que no se consiguen sólo con ponerse un tapabocas y unos guantes cuando “se crea conveniente”. Y menos se lograrían tomando aguardiente, fumando y jugando con el “material”, todo en el patio de la casa o en los potreros de la Universidad. La guía del profesor es verdaderamente deplorable. ¿Con una lista de instrucciones mínimas es suficiente? (Para una mayor información sobre las técnicas utilizadas en la práctica, favor remitirse al escrito “¡Guácatela! ¡Qué asco!”, que se encuentra en la cartelera de Kabuya). Ningún tipo de objeciones de parte de los estudiantes es totalmente válido para los maestros, quienes consideran ésto como una

“visión reduccionista” del asunto. La verdad es que poco importa si la inclinación del alumno no va por los caminos de la Arqueología o de la Antropología Forense. Ni mucho menos interesa, si es de los que toma en consideración lo expuesto a lo largo de este artículo. Pero la cuestión de la “objetividad científica” impera en estos casos y cuando se trata de “aprender” o de “contribuir al desarrollo de la ciencia”, el estudiante agacha la cabeza y si puede hace una venia, así se esté muriendo de la repulsión, no tanto frente a la práctica en sí, sino a todo el enfoque de la formación académica que está recibiendo. Reina también la premisa de que “si lo dijo el profesor debe ser así y debe hacerse”, que surge de las ventajas de la manipulación diplomática del “hay que...” y a cualquier objeción responder con un “no los obligué... pero su visión, señor estudiante, es muy reduccionista.” Entonces, una objeción pasa a ser inmediatamente un reduccionismo vulgar, con el argumento de que “no se puede hablar de lo que no se conoce”, frase favorita del Servicio Militar Obligatorio, entre otros. “Lo que estamos buscando es *entrenar, adiestrar* antropólogos que puedan participar en los trabajos que se realizan con la Fiscalía”, es otro de los argumentos con que se respaldan las prácticas. Porque, indudablemente, la Antropología



Biológica ha hecho aportes muy importantes en nuestro país, en cuanto a medicina legal se refiere. Ahora, ¿se podrá *adiestrar* o *entrenar* a unos pequeños cachorritos de segundo semestre de Antropología para estos importantes fines, sabiendo además las implicaciones que acarrearía este tipo de formación en las condiciones en que se está proporcionando?

Otro de los interrogantes que pueden surgir a raíz de la adquisición de restos óseos por parte de los estudiantes es, indiscutiblemente, el de por qué habiendo el suficiente material en el laboratorio para hacer estas prácticas, se tiene que recurrir a la compra de más restos. ¿Qué utilidad se le da al “material” del laboratorio?

¿Con un solo “esqueleto” por grupo no es suficiente para el desarrollo de la práctica?

Es paradójico que, para que los directores de carrera y de departamento y los compañeros de otros semestres se enteraran de todo este asunto, tuviera que salir publicado en la cartelera un anónimo repleto de cuestionamientos. Así se maneja la información y de la misma manera se induce a la inquietud y al debate. Los espacios de discusión o están muy limitados o están cerrados. Y así, poco a poco, la Academia nos va dejando sin opciones. Nos obliga a formar parte de ese grupo de manipulados que serán en un futuro herramientas dóciles del sistema. Quién sabe si reconociendo o desapareciendo cadáveres...

LA "DANZA" DE LA ARQUEOLOGIA DE RESCATE

Desde hace alrededor de cinco años, viene haciendo particulares piruetas una labor que surge en la imperiosa necesidad de poner a salvo material arqueológico que esté en peligro. Dicha actividad se ha llamado Arqueología de Rescate o de Emergencia, dado su carácter de ambulancia, de “ágil” ambulancia. Trabaja en el salvamento de restos arqueológicos en lugares de asentamiento que se consideren patrimonio histórico nacional y que necesiten ser rescatados de las garras de alguna obra de infraestructura. Por eso, si usted sorprende algún día a un arqueólogo distinguido (o no tanto), corriendo tras un buldózer, recogiendo fragmentos cerámicos, ¡no se alarme! Es muy posible que se encuentre danzando en la Arqueología de Rescate.

Obviamente, por ser un trabajo enmarcado dentro de la respetable rama de la Arqueología, no siempre se reduce a lo anterior. Pero el gran inconveniente de los pocos trabajos buenos en Arqueología de Rescate, ha sido la falta de financiación para la publicación de los informes finales. Así, pues, nos quedamos sin conocer lo bueno y lo malo de esta labor dentro de informes que debieran ser dados a conocer, como lo fue el del Oleoducto Colombia, patrocinado por la OXY, realizado por Alvaro Botiva. Son los riesgos que se corren al ser una labor auspiciada en gran parte por la empresa privada. Y, precisamente, una de las quejas de algunos arqueólogos es que el Estado no da ni un peso para la realización de este tipo de actividad. Pero, como sucede en este país, no todo pinta tan mal como pareciera.

En la actualidad, el manejo de la Arqueología de Rescate, en general, es una fusión de problemas académicos, técnicos y éticos en lo que respecta a la actividad en sí. A grandes rasgos, el problema sería este, en palabras del profesor del Departamento de Antropología, Carlos Augusto Sánchez: "... Uno de los fenómenos más sobresalientes en la Arqueología de Rescate es la falta de ética en quienes están trabajando en ella. Creo que la Arqueología de Rescate se reduce en este momento a una 'danza de millones'. Se están haciendo trabajos supremamente mediocres, no digo que todos, pero sí la inmensa mayoría. No hay calidad en ellos; no hay consenso entre los individuos que están realizando la Arqueología de Rescate y las pautas que se deben seguir. Ni siquiera se está recurriendo a la aplicación de las técnicas más elementales para una prospección, para un reconocimiento y para un salvamento."

Y es que la situación es bastante delicada. El arqueólogo contratado por una determinada empresa, va en busca de sacar una buena tajada del pastel, a cambio de ayudarle a llenar el requisito del trabajo arqueológico que está implícito en la licencia medioambiental, todo en el menor tiempo posible. Los trabajos de prospección, reconocimiento y salvamento, se realizan casi que paralelamente con la construcción, pues lo que importa es dar la aprobación a la empresa. Es de dudar que con la sola palabra de un estudiante de arqueología o, inclusive, la de un arqueólogo, se vaya a frenar la construcción de una carretera o de un oleoducto. Además, si se quiere volver a ser contratado, no convendría dificultar la obra. Y en esas circunstancias, importa poco la aplicación mínima de técnicas o la misma experiencia del arqueólogo encargado. Porque en este último punto surgen otras preguntas: ¿Qué sucede con los estudiantes de primeros semestres que van a hacer Arqueología de Rescate? ¿Será que este trabajo es tan elemental que requiere de tan pocas bases académicas para aplicar? ¿No se debe acaso tener un conocimiento pleno sobre las problemáticas que se deben tratar en el



lugar? El profesor Sánchez nos dice: "... Aquí hay estudiantes que se van, muchas veces sin avisar, sin cancelar los cursos; se presentan tiempo después, cuando han pasado dos meses, a pedir exámenes supletorios, cuando los profesores no han sido informados de que van a dejar el curso. Hay estudiantes que van

en segundo semestre al campo y antes de ir le dicen al profesor: 'yo no puedo volver a clase porque voy a hacer esto o aquello en la Arqueología de Rescate'. Es muy delicado que se les de esa posibilidad cuando se está ignorando todo el bagaje teórico de la Antropología para ir a aplicar a un trabajo arqueológico. Es decir, abandonar un curso por dos meses ya es delicado. Hay estudiantes de primeros semestres que están dirigiendo trabajos de Arqueología, aunque el responsable sea otro, sea un profesional. (...) Ahora, lo que creo es que la mayoría de

trabajos de rescate son mera y exclusivamente ‘huecos’, y a eso se reduce. Hay que ver la pobreza de los informes que presentan muchos de los trabajos de Arqueología”. Lo anterior es necesario tenerlo en cuenta, ya que más de un estudiante está haciendo su tesis en Arqueología de Rescate y se espera que al menos sean informes de calidad. También, porque en el departamento de Antropología, incluso, ya se está contemplando la posibilidad de homologar las prácticas extra-académicas de Rescate que los estudiantes realizan, con horas y contenidos de clase, asunto que es altamente riesgoso y de cuidado, ya que si bien debe existir una reglamentación adecuada internamente, se puede caer en el extremo de la alcahuetería de gente irresponsable.



Nadie está exento de las necesidades económicas, es cierto. Pero hay elementos claves dentro de la formación y el ejercicio antropológico, que es necesario que se aborden de manera radical. ¿No es uno de ellos la ética? Al respecto opina el profesor Sánchez: “...Todos debemos resolver nuestros problemas económicos. Pero creo que ahora la ‘danza de los millones’ ha hecho que la gente supedita el desarrollo mismo de la Antropología y de la Arqueología en particular, a la necesidad imperiosa de ganar dinero y están pagando bien. Si, claro, todos necesitamos dinero, pero no se puede sacrificar el área de nuestro conocimiento por unos pesos obtenidos a la ligera. Es que es antiético irse al campo a hacer una práctica sin tener nociones teóricas acerca de las formaciones sociales que estamos tratando. Es antiético manejar cinco proyectos de Arqueología de Rescate al tiempo. Es antiético hacer prospección y luego ser interventor de la misma obra. Es antiético llevar personas y encargarlas de esas investigaciones cuando no tienen ningún conocimiento ni de técnicas, ni mucho menos de aspectos teóricos”. Y también es antiético tener toda una formación en Arqueología y realizar trabajos inmensamente mediocres.

¿Para qué surgió entonces la Arqueología de Rescate? ¿Cuáles son sus verdaderos objetivos? Es verdaderamente deprimente observar sus resultados: publicaciones escuetas que no pasan de ser folletos repletos de grandes fotos y pequeñísimos textos; museos regionales que sirven como obras principales del alcalde de turno; libros enteros en los que se da simplemente una descripción del paisaje, un recuento etnohistórico a vuelo de pájaro y una síntesis de los yacimientos arqueológicos que hay en el lugar, de una forma totalmente desvinculada de las problemáticas socio-culturales de esas sociedades. Esto último, por ejemplo, es lo que sucede con tal vez la única publicación “seria” que existe en la Arqueología de Rescate, que es la del Oleoducto Colombia, de

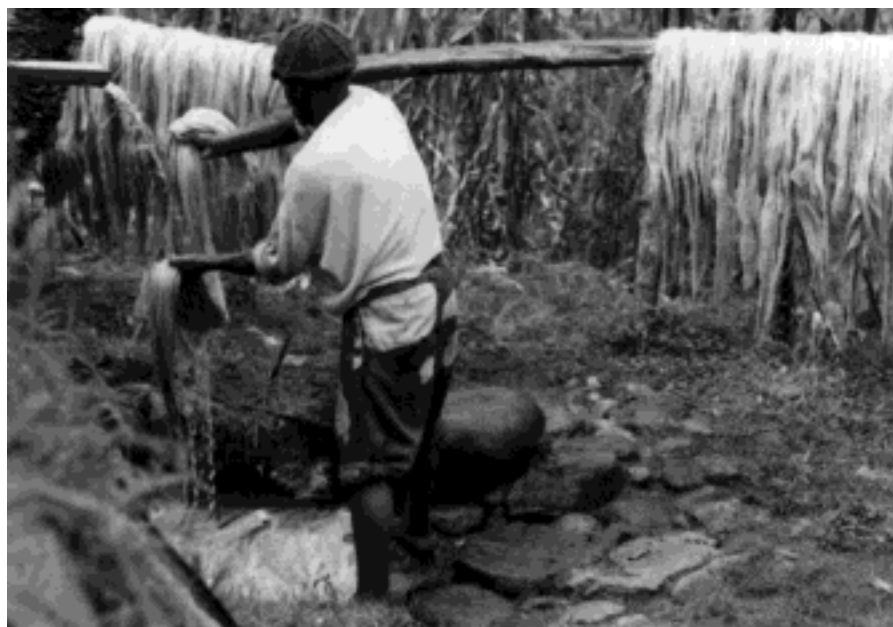
Alvaro Botiva. El asunto es tan grave que el Instituto Colombiano de Antropología (ICAN) tuvo que conformar el Comité Nacional de Arqueología de Rescate (CONAR) que tendría como función “definir las políticas en torno a la preservación del Patrimonio Arqueológico en el contexto de las obras de desarrollo de infraestructura” y “fijar parámetros de implementación, ejecución y evaluación de estudios sobre impactos de obras de infraestructura al patrimonio arqueológico, para elevar y controlar la calidad técnica de dichos estudios” (Documento para la creación del Comité Nacional de Arqueología de Rescate- CONAR/Abril 12 de 1996). Así, pues, hace ya un tiempo se viene buscando reglamentar y solucionar toda esta problemática. "La cosa es tan grave que el mismo ICAN se tuvo que preocupar por conformar el CONAR; es para velar un poco por la calidad de los trabajos. Esto empezó a discutirse hace algo más de un semestre. Finalmente, hace dos meses se logró un acuerdo y nosotros estamos todavía preocupados porque haya dos de los departamentos (de Antropología). La idea es que los departamentos como responsables también de la formación de los arqueólogos tengan incidencia y velen por la calidad de los trabajos que se hagan, máxime cuando los departamentos se pueden vincular a la Arqueología de Rescate. No podemos salir con mala calidad. Entonces, si por ejemplo, el departamento de Antropología de la Universidad Nacional participa con algún profesor, estos trabajos deben ser evaluados por el departamento, porque lo que está en juego es la Universidad, el departamento y creo que en buena medida, aquí hay gente suficientemente capaz como para que el nombre y la preocupación de éstos quede en entredicho. Afortunadamente, hasta el momento, creo que quienes han pecado han sido otros, pero la mayoría han salido de aquí de la Nacional. Están danzando la 'danza de los millones' y han arrastrado a otra gente. De ahí que también haya preocupación por no dejar que los estudiantes se vayan de buenas a primeras y regresen aquí, pidiendo supletorios o sencillamente que los profesores les den la licencia porque sí, y que todo se resuelva con un informe de lo que hicieron en campo", nos comenta Carlos Sánchez, para quien un buen trabajo en Arqueología de Rescate debería reunir las siguientes características: "Primero, debe manejarse el campo teórico adecuadamente. Debe entroncarse la problemática del sitio concreto, particular que se esté trabajando con un tipo también definido de estructura social; con unas expresiones culturales de esa formación social. Debe haber las metodologías adecuadas y, por lo tanto, unas preguntas adecuadas para enfrentar un problema concreto acerca de ese tipo de sociedad, con unas técnicas adecuadas. Ahí se conjuga toda la formación académica y a eso debería responder un trabajo, una monografía hecha en Arqueología de Rescate".

PENDIENTES DE UN HILO... **DE CABUYA**

Otra vez se agita el suroccidente. Se cierra la empresa Empaques del Cauca, que compra fique para producir costales de cabuya. Indígenas y campesinos caucanos cultivadores de fique bloquean en tres sitios la carretera Panamericana El gobierno envía sus negociadores y realiza mesas de trabajo. Otra vez las amenazas y las promesas. Los cultivadores piden al gobierno que les compre la cosecha y que revitalice la actividad. Aceptan levantar el bloqueo para esperar las conclusiones de las reuniones con el gobierno.

En el Cauca hay 10.500 hectáreas sembradas con fique desde hace muchas décadas. La actual cosecha vale 5.483 millones de pesos y se perderá si no hay quien la compre. Varios miles de familias de indígenas y campesinos son casi monocultivadores de esta fibra y por lo tanto dependen

totalmente de su venta para poder subsistir. Así ocurre principalmente en resguardos como Pueblo Nuevo, Caldone, La Aguada, Jambaló, Quichaya, JEBALÁ, Paniquitá, Vitoncó, bien sea en su conjunto, bien en algunas veredas (María Teresa Findji: *Elementos para el estudio de los resguardos indígenas del Cauca*. DANE, Bogotá). En algunos otros, la cabuya es importante aunque no en el mismo grado. Hay hambruna. La lucha es por la supervivencia.



Gregoria Camayo, presidenta del Sindicato de Fiqueros dijo que no es fácil hablar de diversificación de cultivos de un momento a otro, sin recursos y sin ayuda técnica.

La competencia de las fibras de polipropileno para la fabricación de sacos, el transporte en contenedores y la crisis agrícola, han hecho de los costales de cabuya un producto sin mercado. La Federación de Cafeteros tiene almacenados 10.000.000 de ellos, pues los compró en el pasado como uno de los mecanismos que introdujo el gobierno para paliar crisis anteriores en el mercado de la cabuya.

Diego Castrillón Arboleda recuerda que Empaques del Cauca: “nació de un pequeño grupo de ciudadanos respaldados inicialmente por Bavaria, posteriormente por el IFI y hoy, para ampliación, por la Corporación Financiera del Valle, como intermediaria del Banco Mundial” (*De la colonia al subdesarrollo*. Universidad del Cauca, Popayán, 1970. p. 88). Este recorrido muestra con claridad cómo se unió a los cultivadores a intereses que han cambiado con el tiempo, pero que siempre han estado ligados a grandes grupos de explotadores nacionales y extranjeros. Hoy, cuando “el negocio no está en la cabuya” sino en otros sectores productivos, nadie respalda y la empresa se hunde.

A partir de la década de los 70, con el crecimiento del mercado mundial del yute, primero, y de las fibras sintéticas, luego, la crisis se veía venir; sin embargo, los compradores seguían estimulando el cultivo del fique, en lo cual eran secundados por la organización indígena (el CRIC), pese a algunas advertencias. Con su orientación, muchas familias invirtieron no sólo en ampliar el área sembrada, sino también en modernizar el proceso de extracción de la cabuya (compra de máquinas desfibradoras de motor, construcción de tanques de lavado, etc.). Es decir, que la propia organización contribuyó para acentuar la dependencia de la gente de un solo producto: el fique, sin siquiera preocuparse por buscar que éste dejara de ser únicamente una materia prima y se procesara con el fin de buscar mercados para los productos terminados. Ni tampoco, por ir desarrollando poco a poco un proceso de diversificación de cultivos.

Así, hoy, la exigencia de la compra de la cosecha no es solución para el problema. Por supuesto, es necesario hacerlo para ahuyentar la hambruna que ya ha caído sobre muchas familias; pero, no ir más allá significa postergar la crisis para vivirla de nuevo en poco tiempo, como ya ha ocurrido en anteriores ocasiones, pues se mantiene la dependencia de los cultivadores con respecto de las empresas de empaques y del gobierno.

ORGANIZACION ESTUDIANTIL EN ANTROPOLOGIA

Siendo la historia el carro sobre el cual se mueven los procesos de organización social, es necesario mirar desde esta óptica los movimientos organizados del estudiantado al interior de la carrera. Es así como se han dado procesos de organización con énfasis académico y cultural (publicaciones, cineclubes, etc.) con posibilidad de participación indirecta, sólo como espectadores para la mayoría de los estudiantes; también se ha dado participación coyuntural o de acuerdo a las circunstancias del momento, este tipo de movilización organizada ha tomado la forma de asambleas permanentes, en estos espacios se ha abierto la posibilidad de que se construya y confronte el pensamiento político del estudiantado, pero no ha tenido la suficiente fuerza y constancia como para que se diera un proceso de reflexión en el cual se fuera ganando en identidad de reivindicaciones teóricas y prácticas. Que podamos hablar de organización estudiantil abierta, con lineamientos políticos, pretensiones de participación para todo el estudiantado, y que haya logrado convocar la participación y movilización de la mayoría de los estudiantes de la carrera, sólo se conoce en la presente década los Encuentros Nacionales de Estudiantes de Antropología ENEA.

“A mediados de 1992, se realiza en Santafé de Bogotá el primer ENEA, espacio creado ante la necesidad sentida por un grupo de estudiantes de conocer, evaluar y discutir a la Antropología dentro de los procesos y contextos en lo histórico-social, así como en entrar a ver la posición de los estudiantes frente al ejercicio de la Antropología y frente a su quehacer como estudiantes de la misma.

De este encuentro quedaron como conclusiones las siguientes inquietudes centrales consignadas en el acta de la última plenaria general:

1. El compromiso como opción del antropólogo es trascender las relaciones verticales y de poder entre el investigador y el investigado.
2. El cuestionamiento a la neutralidad y objetividad en Antropología, es decir a la Antropología como una ciencia positiva.
3. La necesidad de una Antropología acorde a la específica realidad histórico-cultural colombiana.
4. Un cuestionamiento ético-político, para quién y bajo qué condiciones se produce Antropología.” (Tomado de la Convocatoria para el III ENEA, 1994)

Este primer encuentro se realizó antes del VI Congreso Nacional de Antropología, al cual se asistió inmediatamente llevando las conclusiones anteriores por medio de un foro. Es necesario aclarar que la participación en este congreso se ganó por medio de la presión y la movilización de los estudiantes ante el rechazo



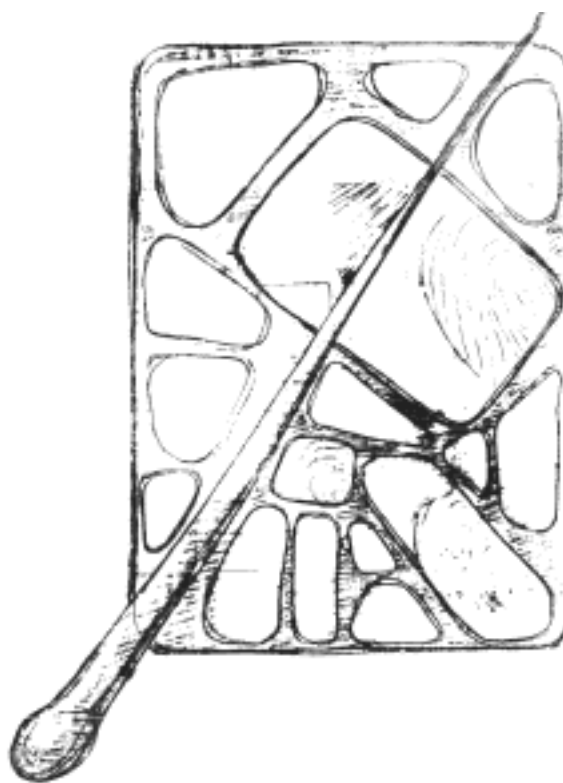
y la oposición inicial de las directivas del congreso. Este incidente evidenció el distanciamiento y subvaloración del estudiantado por parte de profesores y

directivas que suelen reproducir relaciones despóticas y verticales aún al interior de la misma disciplina. Además, logró convocar e interesar a estudiantes de los primeros semestres que asumieron entusiastamente la preparación del II ENEA. También fue clave el entendimiento y la dinamización de la organización estudiantil, gracias a la participación de estudiantes de todos los semestres, lo cual facilitó por medio de la unidad y presión colectiva, echar abajo muchas trabas administrativas que puso la Vicedecanatura de Bienestar Universitario, en ese entonces dirigida por Juanita Barreto, demostró que sí se puede generar poder estudiantil desde que esté bien organizado y orientado hacia una meta común.

En el II ENEA (UNICAUCA, Popayán-Agosto de 1993) se presenta una multiplicación de la producción intelectual del estudiantado, que lograban por medio de este espacio, poder decir, opinar, generar con respecto a sí y a la Antropología, a su ser científico y social. Es así como en el encuentro se presentan 51 ponencias, 5 videos y 4 monografías, lo cual obligó a la presentación simultánea de ponencias en 5 mesas de trabajo, dificultando el seguimiento y profundización de las propuestas, las cuales se tornaron en un fin y no en un medio que nos acercara a la solución de las diferentes problemáticas de los departamentos de Antropología en el país. Alternamente con este desarrollo académico se adelantaron jornadas de discusión y reflexión comunitaria que permitieran la programación de un plan de trabajo, organizado por mesas que giraban en torno a las problemáticas de índole administrativa y académica.

Hasta esa época, la idea de organización estudiantil en Antropología, sólo era eso, una idea. Ahora, en cambio queda claramente diseñada una propuesta orgánica y operativa, ya que alrededor de los dos ejes temáticos (académico y administrativo), se organizaron mesas de trabajo que estudiaran y debatieran

públicamente el pènsum, evaluación de currículo, la teoría y la práctica antropológica, investigación científica, evaluación de profesores, participación estudiantil y derechos humanos. Para el manejo de la circulación de la información, se crea la Secretaria Operativa de Estudiantes de Antropología. En la aplicación de la propuesta diseñada en Popayán, involucraron sus esfuerzos un gran número de estudiantes que hasta el momento empezaban a consolidar unas relaciones de amistad y de trabajo. Los lineamientos políticos empezaron a aflorar,



plasmándose en los diferentes enfoques metodológicos; así, había quienes querían hacer un análisis de fondo, apuntando hacia las raíces en cuanto a criterios y políticas de la institución, y los que enfocaban su energía hacia problemas de tipo inmediato, como la dotación y equipamiento de la carrera, entre los que querían confrontar y mantener una posición autónoma y crítica con la academia, y aquellos que planteaban la posibilidad de participación en las estructuras diseñadas por



la administración para tal fin. Debido a la polarización de fuerzas no se logró un entendimiento en torno a que las necesidades inmediatas no deben ser desatendidas, pero deben ser comprendidas en el marco de unas políticas y unos intereses impuestos; que la participación se construye con estudio, concientización y movilización; que si se quiere una organización propia, sin manipulaciones, es el estudiantado el que tiene que proponer y diseñar los mecanismos de participación, sin esperar o acomodarse a formatos prediseñados.

De esta manera se logra una definición del carácter del III ENEA que pretendía la participación y consolidación de las relaciones y comunicación de los diferentes departamentos de Antropología en el país, en torno a los problemas generales de la Antropología como ciencia social, en el ámbito de su formación como en el de su ejercicio profesional y repercusión social (Universidad de Antioquia-junio 11 al 14 de 1994). El enfoque de la discusión se dio hacia un tema central: Ética y Antropología. De lo que se discutió en ese encuentro, no queda sino una recopilación de ponencias sin su debate en plenaria. Sólo se plantea la formulación de dos líneas o enfoques de profundización, “ La cualificación de la ética comprometida con los procesos de reivindicación política y cultural del otro, en el marco de la ‘sociedad nacional’ y la necesidad de una reflexión teórica sobre problemas epistemológicos que permita la revisión de los

códigos y valores incluidos en el proceso de aprendizaje, con el fin de presentar una gama de caminos plausibles para el accionar del antropólogo” (Tomado de Recopilación de ponencias del III ENEA).

Como podrán imaginarse, la ética da para todo, más después de los procesos que venían gestándose en universidades como la Nacional (sede Santafé de Bogotá) a raíz de la Asamblea Permanente por la que se había pasado iniciando el semestre inmediatamente anterior, como consecuencia de un accidente funesto después de una salida de campo, que fue atribuido a negligencia administrativa; y la Universidad de Antioquia que acababa de atravesar por un proceso similar que desemboca en el cierre de esta por parte de la fuerza pública. De todas formas es relevante destacar el proceso que se había llevado hasta este punto, en el que se plasma de forma objetiva y subjetiva el ser social y la conciencia que se tiene de este, lamentablemente no se logró por lo que se ve hasta el momento, crear un movimiento de base que no muriera cuando los estudiantes que lo iniciaron, terminaran sus estudios. Aunque sí hubo ofertas como la que debía haberse realizado a mediados del año pasado, también pasó que en términos reales el objetivo central que inspiró los encuentros no se estaba concretando y era el de desarrollar un trabajo continuo de organización estudiantil y además se desvió la atención hacia la participación en los FELAA I y II y la preparación del III.

Pensamos que antes de afanarnos por un encuentro internacional, es bueno mirar nuestra propia realidad y el por qué de esta, analizando el carácter que se le viene dando a los diferentes departamentos de Antropología en el país, vislumbrando posibilidades que logren la generación de reivindicaciones sobre una problemática común.